
Ascética y disciplina en la espiritualidad ignaciana*

*Javier Osuna Gil, S.J.***

Hablar sobre ascética y disciplina desde el escenario de una civilización del consumo y del bienestar que sospecha de lo que pueda tener sabor a mortificación y penitencia, y bajo la presión de ideologías neoliberales que nos acosan por doquier resulta por lo menos extraño. Algo así, aunque a la inversa, como les resultaba chocante a los fariseos y letrados en casa de Leví la conducta de los seguidores de Jesús: “Los discípulos de Juan tienen sus ayunos frecuentes y sus rezos, y los de los fariseos también; en cambio los tuyos, a comer y a beber” (Lc. 5, 33).

Hacia una nueva comprensión de la ascética ignaciana

Tras una larga tradición que contempló a Ignacio y explicó su espiritualidad, particularmente sus Ejercicios, como prototipo de una ascética descarnada y de una férrea disciplina voluntarista encaminada a buscar la propia perfección y santidad mediante renunciaciones y disciplinas corporales y cultivando la virtud en continua mortificación, hemos redescubierto al Ignacio místico y afectivo, el del servicio por amor, el hombre movido por la consolación del Espíritu.

Los Ejercicios han dejado de proponerse -y de temerse- como un duro itinerario de ascésis que, sobre todo por el recuerdo estremecedor de una primera semana de pecado, muerte, juicio e infierno, dejaban en los espíritus un sabor desabrido.

* Ponencia presentada en la Universidad Iberoamericana, México D.F., Septiembre 24, 1993.

** Doctor en Teología Espiritual, Universidad Gregoriana, Roma.

La espiritualidad ignaciana ha recobrado su lozanía como una mística del servicio prestado con calor humano, como un seguimiento enamorado de Jesús bajo la suave unción del Espíritu para la vida del hombre y la glorificación del Padre. El teólogo peruano, pionero de la teología de la liberación, Gustavo Gutiérrez, ha invitado en repetidas ocasiones a los cristianos de América Latina a beber en ese pozo para tonificarse y adquirir la libertad para amar con una caridad eficaz, comprometida en el proceso histórico de la liberación de los empobrecidos: “Nos parece que ella constituye un aporte importante a la espiritualidad cristiana, precisamente en el umbral de la época moderna, en el momento en que la humanidad adquiere una nueva percepción de su realidad histórica y de sus posibilidades de transformarla”¹.

Me ha parecido, pues, interesante, enfocar esta reflexión hacia un reencuentro del sentido y vigencia de la ascética y la disciplina ignacianas en este nuevo contexto y desde la realidad latinoamericana; y quiero intercambiar con ustedes mis reflexiones e intuiciones de modo muy espontáneo.

No me propongo adelantar un profundo estudio sistemático sobre la ascética. Tampoco reivindicar al Ignacio frío, distante, metódico, más bien impopular, que resultó de la manera distorsionada como presentaron su figura ciertas biografías, y de la forma como una pretendida tradición de la espiritualidad ignaciana propuso durante mucho tiempo sus Ejercicios.

Solamente quisiera que la riquísima luz que en los últimos años nos han proyectado excelentes estudios sobre las fuentes de nuestra espiritualidad, nos facilite también una mirada renovada sobre la ascética y sobre su permanente necesidad para apoyar nuestro camino de pecadores llamados a seguir a Jesús y a cooperar en su misión.

Este escrito ha sido el resultado de lecturas, reflexiones personales e intercambio con algunos compañeros jesuitas. No lo propondré con el rigor teológico que requiere un tema de tal naturaleza, ya que mis estudios y mi trabajo me han llevado más por el terreno de la experiencia pastoral en el acompañamiento de Ejercicios y en la asesoría espiritual, que por las tareas de la investigación y la cátedra.

A partir del texto mismo de los Ejercicios y apoyándome también en el Diario espiritual, la autobiografía, la correspondencia de Ignacio y las Constituciones de la Compañía, quiero presentar una relectura de la ascética ignaciana, sin la pretensión de interpretar cómo pudo haberla entendido, practicado y enseñado San

¹ Beber en su propio pozo, Sígueme, 1986, 140.

Ignacio en su tiempo, dentro de su cultura y de su formación religiosa. Busco simplemente una perspectiva para entenderla y ubicarla en el contexto de la comprensión actual de nuestra espiritualidad. Y abrigo la confianza de que el propio San Ignacio no tendría reparo en refrendar mis sencillas reflexiones.

La ascética como ejercicio y práctica de “disposición”

Pienso que en el texto de los Ejercicios encontramos dos definiciones de los mismos: una *más ascética*, por así decirlo. Otra de *carácter místico*. La primera es una definición explícita de San Ignacio, consignada en la Anotación primera. La segunda la tomo indirectamente del texto de la Anotación 15. En ambas aparece destacada la idea de ‘*disposición*’.

En la Anotación primera San Ignacio describe los Ejercicios como una serie de prácticas espirituales: exámenes, meditaciones, contemplaciones, oraciones vocales y otros ejercicios, destinados a “preparar y *disponer* el ánimo para quitar de sí todas las afecciones desordenadas y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la *disposición* de su vida para la salud del ánimo”². Los Ejercicios son, pues, un modo (‘todo modo’), un método a través del cual el ejercitante *se dispone*, se ordena, trabaja por quitar obstáculos que le impiden hallarse libre -obviamente bajo el influjo de la gracia- para encontrarse con la voluntad divina e integrar su vida en comunión con ella.

Llamo a esta definición ‘ascética’ porque concuerda con la etimología de la palabra. “*Askeo*” significa en efecto trabajar un material, dar forma, disponer, equipar, ejercitarse en algo. “*Askesis*” es trabajo, práctica, esfuerzo atlético. Todo el itinerario de los Ejercicios está marcado por esta disciplina, mediante adiciones y otras notas con las que Ignacio orienta al que hace los Ejercicios para lograr esta disposición del espíritu; para entrar de lleno en la oración; para combatir desolaciones o buscar consolaciones divinas.

Por su parte, en la Anotación 15, en la que Ignacio se dirige más bien al que da los Ejercicios para recomendarle discreción, descubrimos una luminosa expresión de lo que es esta experiencia de los Ejercicios. La tarea del que da a otro “modo y orden” para orientarse en el itinerario de su experiencia espiritual, ha de limitarse a ayudarlo a que, en su búsqueda de la voluntad divina, se encuentre directamente con Dios y sea “el mismo Criador y Señor (quien) se comunique a la su ánima

² (EE. 1).

devota, abrazándola en su amor y alabanza y *disponiéndola* por la vía que mejor podrá servirle adelante”³.

Mientras en la Anotación primera se describe lo que ha de practicar el que hace los Ejercicios, a quien se presenta como el protagonista o peregrino de ese camino espiritual, en la Anotación 15 el protagonista es el mismo Criador y Señor, la presencia actuante de su Amor, que abraza (o ‘abrasa’) tiernamente a su criatura; y ésta, alcanzada por ese Amor, se dispone afectiva y efectivamente a dar una respuesta igualmente amorosa, traducida en el mejor servicio que percibe podrá prestar a Dios para colaborar con El en la realización de su designio salvífico.

Esta comprensión de los Ejercicios, en la que Dios viene al encuentro del hombre y obra directamente en él, nos sitúa en el genuino ambiente de la mística ignaciana, de la contemplación para alcanzar amor, del servicio como expresión agradecida.

El Señor atrae suave y firmemente a su criatura y la coloca, con la seducción de su amor abrazante, en disposición de servirle con radical dedicación. No puedo menos de evocar aquí la expresión muy emparentada que utilizará Ignacio, años más tarde, en la Octava parte de las Constituciones para señalar el vínculo principal que ha de asegurar la unión de la Compañía como cuerpo apostólico, tanto a nivel interno de sus miembros como con las personas a quienes ella sirve: “El vínculo principal de entrambas partes para la unión de los miembros entre sí y con la cabeza, es el amor de Dios nuestro Señor; porque estando el superior y los inferiores muy unidos con la su divina y summa Bondad, se unirán muy fácilmente entre sí mismos, por el mismo amor que della descenderá y se estenderá a todos próximos, y en special al cuerpo de la Compañía”⁴. Aquí, como allá, se habla del mismo Amor abrazante que dispone a respuestas de amor y de comunión en el servicio apostólico.

El movimiento de los Ejercicios registra así una doble dirección: el que los hace *se dispone* para buscar con libertad y hallar a Dios y su santa voluntad; pero es Dios mismo quien *lo dispone* con la fuerza de su amor a cumplir su voluntad con la mejor forma de servicio que el ejercitante proyecta durante ese encuentro de amor. “Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir”, en la estupenda exclamación del profeta (Jer. 20, 7).

No sobra advertir aquí que todo este esfuerzo del que hace los Ejercicios para disponerse, es fruto de la gracia solicitada con insistencia. En la Anotación 16, que

³ (EE. 15).

⁴ Const. 671

sigue a continuación, Ignacio recomienda: “Para que el Criador y Señor obre más ciertamente en la su criatura, si por ventura la tal ánima está afectada y inclinada a una cosa desordenadamente, muy conveniente es moverse, poniendo todas sus fuerzas, para venir al contrario de lo que está mal afectada... instando en oraciones y otros ejercicios espirituales, y pidiendo a Dios nuestro Señor el contrario, es a saber, que ni quiere el tal oficio o beneficio ni otra cosa alguna, si su divina majestad, ordenando sus deseos, no le mudare su afección primera”⁵.

La ascética ignaciana cobra, pues, su sentido y se practica en el contexto de este asiduo ejercicio de disponerse bajo la acción de la gracia. En este mismo sentido se comprende, como lo desarrollaré más adelante, lo que significan algunas concreciones de la ascética: abnegación, mortificación, renuncia, disciplina, penitencia, cruz.

Recuperando conceptos

Lo más importante, como indicación previa, será despojar el concepto de ascética de un carácter doliente, descarnado e individualista con que ha sido revestido y que no es propio de una espiritualidad que se caracteriza como una mística del amor-servicio.

Hallamos todavía en los diccionarios una idea del ascetismo como “doctrina moral que impone al hombre una vida de mortificación del cuerpo y de renuncia a los placeres sensoriales con objeto de alcanzar la perfección espiritual”⁶ Disciplina corporal que se exige al hombre espiritual; mortificación de los sentidos, vida austera, ejercicio de continua renuncia a placeres aun legítimos, disciplinas, cilicios, recortes en el sueño y en la comida, conquista de la humildad, amor al sacrificio. Sin querer descalificar de plano estas actitudes y prácticas, será preciso encontrarles su sentido y medida bajo una nueva óptica.

La ascética como esfuerzo por ordenarse, por quitar impedimentos y afecciones desordenadas, por habituarse a ciertas prácticas y disciplinas, no se ha de buscar directa ni principalmente como un trabajo voluntarista en procura de la propia perfección y santificación o como simple imitación ascético-moral de Jesucristo crucificado. Hay que recuperar su sentido auténtico evangélico: como camino de libertad para el seguimiento de Jesús en la misión apostólica del anuncio y la

⁵ (EE. 16).

⁶ Diccionario Planeta de la Lengua Española.

construcción histórica del Reino de Dios Padre. La necesidad de ascesis y de renuncia para ese seguimiento está claramente reclamada por Jesús y recorre todo el Nuevo Testamento.

La ascética nos dispone para el servicio por amor; para hacer de nosotros instrumentos dóciles en las manos de Dios. Será así como podremos apreciarla a la luz de valores tan queridos y cultivados por Ignacio como la disponibilidad, la abnegación y mortificación, la instrumentalidad, la indiferencia, la resignación del propio juicio y voluntad. Valores que apuntan a la identificación con Jesús para 'ser puestos con El' en la empresa que glorifica al Padre comunicando vida plena a todos los hombres, especialmente a los que más carecen de ella.

Y así, la ascética es camino para adquirir el "*sensus Christi*" en el que el P. Arrupe solía compendiar nuestro amor apasionado por Jesús. En multitud de ocasiones durante sus años de gobierno de la Compañía, tanto en conferencias, instrucciones y homilías, como en su conversación familiar, el padre recurría a esta expresión para señalarnos la meta a la que debía apuntar el seguimiento de Jesús: "Vivir este intenso amor a Cristo-persona, aspirar a un '*sensus Christi*' que nos haga ser, presentarnos y actuar a imitación suya, es el primero y fundamental rasgo de nuestro modo de proceder", escribía en 1979⁷. Así entendía nuestra inserción en el dinamismo pascual de Jesucristo, esencia de nuestro quehacer espiritual e ideal procurado gozosamente con esfuerzo, pero sólo obtenido como don del mismo Señor.

Por desvalorizada y sospechosa que pueda aparecer a nuestra civilización y cultura la ascética, es indispensable rescatarla, con diverso nombre si es preciso, pues pertenece a las exigencias del seguimiento trazadas por Jesús, urgidas por Pablo y apropiadas por Ignacio en cada capítulo de su espiritualidad.

Todo el que quiera seguir a Jesús y ser su discípulo estará dispuesto a "negarse a sí mismo", a "tomar su cruz", a mortificar (hacer morir) cuanto le queda del hombre terrestre para ser revestido del hombre nuevo. La ascesis no puede abandonarse a nombre de una pretendida espontaneidad en la adhesión al Señor. Nos es imprescindible como disciplina de vida. Aunque su motivación primera no sea lograr el dominio del cuerpo y los sentidos, presuntos enemigos de todo progreso espiritual; ni tampoco, simplemente, acumular méritos ante Dios. Se ha de practicar para secundar la acción del Espíritu, disponiéndonos en libertad para el amor eficaz y sufriente en favor de nuestros hermanos: "Para que seamos libres nos liberó

⁷"El modo nuestro de proceder", 44.

Cristo; así que manténganse firmes y no se dejen atar de nuevo al yugo de la esclavitud... a ustedes, hermanos, los han llamado a la libertad; solamente que esa libertad no de pie a los bajos instintos. Al contrario, que el amor los tenga al servicio de los demás” (Gal. 5, 1. 14).

El camino cristiano, el anuncio y la construcción histórica del Reino del Padre tienen que pasar ineludiblemente por el conflicto y la cruz, en un combate contra las fuerzas del mal enraizadas en nuestros corazones y en las estructuras de este mundo. Los discípulos de Jesús han de *liberarse para el servicio* incondicional del Reino y su justicia; vender todas las cosas y solidarizarse con la causa de los pobres; posponer los más caros valores a la alegría de conseguir el tesoro encontrado en el campo. “El que se aferra a la vida la pierde, el que desprecia la vida en este mundo la conserva para una vida definitiva”. Será necesario podrirse como el grano de trigo para fructificar en el Reino; llegar a amar hasta desprenderse de la propia vida por los amigos. Así se podrá compartir la alegría desbordante de Jesús (cf. Jn. 12, 24-26; 15, 11-14). Para lo cual Jesús reclama generosidad, esfuerzo y disciplina.

Perspectivas para la ascética

La ascética se integra, pues, en la espiritualidad como disciplina y praxis para disponernos al seguimiento radical de Jesús. Esta ‘disposición’ podemos abordarla desde tres perspectivas:

1. Como esfuerzo para quitar todo desorden, todo impedimento; cuanto nos hace menos libres para acoger la acción transformante de Dios que nos abraza con su Amor.

En este sentido escribía Ignacio a Francisco de Borja en 1545: “(Decís) que esta Compañía no impide a lo que el Señor quiere obrar en ella... yo para mí me persuado, que antes y después *soy todo impedimento...* sintiendo una cosa... que hay pocos en esta vida, y digamos más, que no hay nadie que en todo pueda determinar o juzgar, cuánto impide de su parte, y cuánto desayuda a lo que el Señor nuestro quiere en su ánima obrar”⁸. Y continúa diciendo que cuanto más una persona logre una experiencia profunda de humildad y de caridad, tanto más sentirá y conocerá los más menudos pensamientos y hasta los más mínimos escollos que le impiden y desayudan. Será preciso, pues, un esfuerzo para quitar esos obstáculos y abrir espacio a la presencia actuante del Señor que tanto nos ha dado de lo que tiene, que no cesa de abrumarnos con sus dones y que desea dársenos en cuanto puede, según

⁸ Epp. 1, 340. El subrayado es mío.

su ordenación divina. Este es el primer objetivo que busca el que hace los Ejercicios, como indica la Anotación primera: quitar afecciones desordenadas, para alcanzar la libertad y poder encontrarse con la voluntad divina, es decir, con el Amor actuante de Dios que lo abraza y lo dispone a prestar el mejor servicio en el futuro.

2. Como tarea para irse transformando en ‘instrumento’ ágil y flexible en manos de Dios, con disponibilidad creciente

La meta, que San Ignacio soñó para la espiritualidad de un jesuita y para toda la Compañía, fue la de que se convirtiera en *instrumento* disponible, entroncando la vida en la de Jesús, para colaborar eficientemente en su obra redentora.

Las Constituciones presuponen que transcurrido el tiempo y aprobación que se espera para la admisión definitiva, los jesuitas “serán personas espirituales y aprovechadas para correr por la vía de Cristo Nuestro Señor”⁹.

De ahí que para la conservación y aumento del cuerpo de la Compañía y de su espíritu y para el logro del fin para que fue fundada, todos han de trabajar en los medios que juntan el instrumento con Dios y lo disponen para que se rija bien de su divina mano. Sobre este fundamento vendrá luego el empeño por adquirir los medios humanos que disponen ese instrumento para servir a los hombres.

Una ascesis que lleva, por tanto, a procurar “bondad y virtud, y especialmente la caridad y pura intención del divino servicio y familiaridad con Dios nuestro Señor en ejercicios espirituales de devoción y celo sincero de las ánimas”¹⁰. Por consiguiente, todos deben darse a las virtudes sólidas y perfectas. Y juntamente, a adquirir todos los medios que puedan enriquecer humanamente el instrumento para el servicio: doctrina fundada y sólida, modo de proponerla y forma de tratar con la gente, puntualizan las Constituciones. (Const. 813-814).

Lo que se programa es una ascesis apostólica, enderezada a que las personas salgan “*de su propio amor, querer e interés*”¹¹ para perderse en la donación total de sí mismas, integrando su proyecto personal en el proyecto salvífico universal de Dios, que se servirá de ellas como instrumento, para dar vida al mundo.

⁹ Const. 582.

¹⁰ Const. 813.

¹¹ EE. 198.

Ascesis, no para el sufrimiento y la muerte, sino para la libertad y la vida. Sabiduría de perder la vida para encontrarla en el don de sí mismo. Realización plena de la persona, olvidándose de sí misma para ser, en las manos de Dios, instrumento de salvación de sus hermanos.

Desde esta perspectiva recuperamos en toda su riqueza la indiferencia, la "abnegación y continua mortificación en todas cosas posibles"¹², el deseo de vestirse con la misma vestidura y librea de su Señor, tan queridos y urgidos por San Ignacio.

3. Como manera de "cargar con la cruz", necesario precio del choque histórico entre el proyecto de Jesús y el proyecto de este mundo

San Pablo se alegra por los padecimientos que soporta en su penosa misión apostólica. Piensa que así completa en su carne mortal lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia (Col. 1, 24). Y en la segunda carta a Timoteo leemos que "todo el que se proponga llevar una vida piadosa en unión con Cristo Jesús sufrirá persecuciones" (2 Tim. 3, 12).

Nada hay que añadir a la pasión de Jesús para realizar la redención. Con su muerte y resurrección fuimos todos liberados. Pero queda todavía una larga tarea a sus seguidores. La lucha ha de continuar mientras perdura el crecimiento histórico del Reino. Y quienes han sido puestos con El como cooperadores y responsables de llevar adelante su misión, habrán de experimentar la cruz. Con todo lo que implica de echar suerte con los pobres y oprimidos, de asumir su causa como la propia y afrontar por ello descalificación, desprestigio, persecución y martirio.

En este marco se inscribe la comprensión del valor y necesidad de la ascesis dentro de la espiritualidad del seguimiento de Jesús. Como miembros de su cuerpo, hemos de ofrecer, la propia humanidad -tal como ofreció el Señor la suya- como 'instrumento de salvación'.

La Compañía de Jesús requiere esta ascesis para el cumplimiento de su misión hoy: el compromiso "bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige"¹³ "la participación en esa lucha (es) como el punto focal que identifica en la actualidad lo que los jesuitas hacen y son"¹⁴.

¹² Const. 103

¹³ CG. 32, Decr. 2, 2.

¹⁴ *Ib.* 3.

El P. Arrupe lo advirtió claramente a la CG 32: “Es necesario que nuestra Congregación sea consciente de que la justicia del Evangelio debe predicarse por la cruz y desde la cruz. Si queremos trabajar por la justicia seriamente y hasta sus últimas consecuencias -y esto nos exige ciertamente el radicalismo evangélico ignaciano- se nos presentará enseguida la cruz y no pocas veces acompañada de un dolor acerbo... veremos que se levantan contra nosotros los que en la sociedad actual industrial cometen la injusticia... ¿Nuestra Congregación General está dispuesta a entrar por el camino de una cruz más pesada, que traerá consigo la incompreensión de la autoridades civiles y religiosas y de nuestros mejores amigos?... El Señor, ciertamente nos ofrece juntamente con la vocación con la cual nos llama, la gracia necesaria para cumplir lo que nos pide, aunque parezca difícil; pero esto exige de nuestra parte que nos ofrezcamos a seguirle, aunque no podamos conocer con claridad todos los sacrificios que se encierran en nuestra respuesta¹⁵”.

Esta es la forma de ascesis quizás más requerida para el seguimiento de Jesús en América Latina hoy. Renuncias, abnegaciones, descalificación, dolor, tortura, muerte, asumidos en el amor de la tercera manera de humildad, si queremos ser puestos con el Hijo y con sus predilectos, los pequeños, las víctimas de nuestro egoísmo y de nuestra injusticia.

También lo expresó el actual P. General, Peter-Hans Kolvenbach, mostrándolo como un programa al iniciar su gobierno. En su primera homilía como General durante la concelebración con los padres congregados, en la basílica de San Pedro, dijo: “El Rey Eternal nos confía hoy la custodia de las Bienaventuranzas, el ministerio de la reconciliación (2 Cor. 5, 18), para transfigurar las maldiciones del primer hombre en Ciudad de Dios reconciliada con los hombres... Las Bienaventuranzas no podrán ser anunciadas ni entendidas, y hoy menos que nunca, como algo que está en favor de la reconciliación de los hombres, si ellas no se encarnan, a ejemplo del Señor, en la vida concreta y en la acción de todos los días al servicio de los hombres, sus hermanos, donde se desenvuelve su vida y su muerte, su esperanza y su porvenir, 'pacificando con la sangre de su cruz' ”¹⁶.

Esta ascesis se torna cada día más severa, cuando la solidaridad con la causa de los pobres y las esperanzas de su lucha liberadora, se ven apabulladas por la consolidación del nuevo orden internacional y la arrolladora embestida de su ideología neoliberal.

¹⁵ Intervención del 20 de dic. 1974.

¹⁶ Col. 1, 20. Homilía, 15 de octubre, 1983. Ver Decretos de la CG 32.

Seguir a Jesús con el entusiasmo y la generosidad de las contemplaciones del Rey y las Banderas, en la indiferencia del tercer binario, con la radicalidad de la tercera manera de humildad demanda ciertamente, junto a una insistente súplica de la intercesión de la Madre y Señora para ‘ser puestos con su Hijo’, la perseverante ascesis de un oscuro trabajo, ‘cargando con el peso de los días y el bochorno’ (Mt. 20,12). Es la ascesis que practican silenciosamente millares de cristianos de América Latina, con la sencilla alegría de quienes han puesto toda su esperanza en un crucificado que ha vencido la muerte.

En síntesis: 1) “Preparar y disponer el ánimo para quitar de sí todas las afecciones desordenadas”¹⁷ y acoger “con mucho afecto cuanto ha hecho Dios nuestro Señor por mí y cuanto me ha dado” y continúa dándome¹⁸; 2) disponerse para preparar un instrumento dócil y totalmente disponible en manos de Dios¹⁹; 3) “aborrecer, en todo y no en parte, cuanto el mundo ama y abraza y admitir y desear con todas las fuerzas cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado, vistiéndose con su vestidura y librea”²⁰; son éstas tres grandes *líneas de fuerza* de la ascética ignaciana, motivadas, alimentadas y consumadas por la mística del Amor que nos abraza y nos dispone suavemente a servirle de la mejor manera posible (*magis*).

La ascética está al servicio de esta mística y de ella recibe su sentido, su estímulo y su fuerza. ‘Disposición’, ‘disponerse’, ‘ser dispuesto’, ‘disponibilidad’... palabras que recorren la literatura ignaciana cargando de sentido y fecundidad todo esfuerzo ascético postulado por su espiritualidad de servicio por amor.

Indiferencia, renuncia, abnegación, mortificación

Quisiera referirme a algunos aspectos o modalidades más salientes que caracterizan la ascética propia de la espiritualidad ignaciana.

Admitiendo que fueron entendidos y practicados por San Ignacio en el contexto tan diferente de la cultura antropológica y devocional de su tiempo e interpretados de manera demasiado intimista, rigurosa y doliente por una larga tradición, me propongo releerlos brevemente a la luz de lo que he venido considerando, para tratar de declarar mejor su auténtico sentido evangélico.

¹⁷ EE. 1.

¹⁸ Cf. EE. 234.

¹⁹ Const. 813.

²⁰ Const. 108

1. La indiferencia: Es el primer gran cometido ascético que se propone en el texto de los Ejercicios: “Es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas”²¹. San Ignacio la postula como condición de libertad para poder emprender la tarea de ordenar la vida, deseando y eligiendo solamente lo que más conduce al fin para el que somos creados.

Después de presentar el proyecto de Dios para el hombre y de mostrar la creación entera como un regalo del Creador a su criatura predilecta para que alcance a través de ella su realización integral, San Ignacio advierte que es necesario conseguir la libertad que permita usar todas las cosas en orden a esa plena realización y felicidad.

Frente a una creación puesta en sus manos para dominarla, perfeccionarla y alcanzar así la plenitud, el hombre se encuentra también ante la meta y la excelsa aspiración de llegar a *“amar a Dios en todas las cosas y a todas en El”*²².

“Hacerse indiferente” consiste, pues, en la tarea de alcanzar la libertad de un amor preferencial que todo lo trascienda. Lo que no se conseguirá sin esforzado empeño y como fruto de una gracia ardientemente suplicada. Al enfrentarse a la elección, el que se ejercita debe haber logrado suficientemente esa indiferencia -siempre inalcanzada plenamente-, que alguien describiera como un amor tan vehemente, que nos arrebatara hacia Dios y en El nos fija; tan absorbente y polarizante, que relativiza todo otro amor; tan dinámico, que nos lanza a amar y servir en todo a su divina majestad.

Encarece San Ignacio que al comenzar la elección “es menester tener por objeto el fin para que soy criado... y con esto hallarme indiferente sin afección alguna desordenada...”²³. Y agrega en forma perentoria en el Directorio autógrafo: “Quien no está en la indiferencia de la segunda manera de humildad, no está para ponerse en elecciones, y es mejor entretenerse en otros ejercicios hasta que venga a ella”²⁴.

Se requiere, pues, “llegar a ella”. Y cuando se hace difícil lograrla, la solicitud de la gracia se torna más insistente: “Es de notar que cuando nosotros sintimos afecto o repugnancia contra la pobreza actual, cuando no somos indiferentes a pobreza o riqueza, mucho aprovecha, para extinguir el tal afecto desordenado, pedir en los coloquios (aunque sea contra la carne) que el Señor le elija en pobreza actual; y que

²¹ EE. 23.

²² Cf. Const. 288.

²³ EE. 179.

²⁴ Dir. 17.

él quiere, pide y suplica, sólo que sea servicio y alabanza de la su divina bondad”²⁵. Es ésta una de las instancias del ‘agere contra’, tan típico de la ascética ignaciana. Aquí, como en otras circunstancias, su objetivo específico es conseguir “el fin que se pretende”.

2. La renuncia: Se trata más de una disposición habitual del corazón para preferir a Dios sobre todo lo demás, que de opciones concretas. Y constituye el cimiento o fundamento de toda posibilidad de abnegación y mortificación. La exige Jesús como condición indispensable de su seguimiento (Lc. 14, 33).

En un penetrante estudio, Irénée Hausherr, S.J., se propone clarificar ideas sobre las palabras ‘abnégation, renoncement, mortificación’. Afirma que, a pesar de su empleo habitual y de tener algo en común, no son sinónimas en los textos evangélicos: “La abnegación dura eternamente; la renuncia, en cuanto lo requieren las solicitudes terrestres; la mortificación... puede llegar a ser superflua, más aún, debería llegar a serlo lo más rápido posible”²⁶. El sentido de esta un poco sorprendente afirmación se desentrañará al paso de las reflexiones siguientes.

Jesús exige de modo tajante esta actitud de renuncia que, de no tenerla el candidato a seguirlo, imposibilita ser recibido como discípulo: “Todo aquel que no renuncia a todo lo que tiene, no puede ser discípulo mío” (Lc. 14, 33); “nadie puede estar al servicio de dos amos porque aborrecerá uno y querrá al otro; no se puede servir a Dios y al dinero” (Mt. 6, 24); “si alguno quiere ser de los míos y no me prefiere a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a sí mismo, no puede ser discípulo mío” (Lc. 14, 26). Estamos ante una firme declaración de incompatibilidad. Ninguna persona o cosa puede ser considerada como absoluto. El único absoluto es Dios y su reinado de justicia.

La actitud interior, tan severamente postulada por Jesús, no tendría que traducirse, sin embargo, en opciones concretas de abandono actual, sino sólo cuando se presenta la urgencia de una alternativa. Habrá que arrancar el ojo o cortar la mano si éstos nos escandalizan. Pero siempre, Dios ha de ser el amor absoluto. Es asunto del corazón, de desprendimiento y libertad interior frente a todo lo que no es Dios. San Ignacio habla de “pobreza espiritual”: una opción de dejar todas las cosas en vista del reinado de Dios, que tiende a traducirse en “pobreza actual”. Pero esta traducción queda condicionada al querer de su divina Majestad. Es Dios quien indica dónde y cómo servirle. En esta perspectiva se desarrolla el movimiento de oblación en los ejercicios del Rey eternal y de las tres maneras de humildad y amor.

²⁶ “Abnégation, renoncement, mortification”, en CHRISTUS, n. 22, avril 1959, 182-195.

3. La abnegación: Es para San Ignacio presupuesto fundamental de toda auténtica oración, de toda capacidad para el cumplimiento de la misión, de la disponibilidad para regirse de la mano de Dios por medio de la obediencia.

La condición de “negarse a sí mismo” para seguir a Jesús, puesta en labios del Maestro por los tres evangelios sinópticos (Mt. 16, 24; Mc. 8, 34; Lc. 9, 23), no tiene propiamente el sentido de que alguien deba rechazar lo que realmente es, su propio ser.

El Diccionario de la Real Academia la define como el sacrificio que uno hace de su voluntad, de sus afectos o de sus intereses, en servicio de Dios o para bien del prójimo. Lo que uno debe negar o abnegar es ‘lo que no debiera ser’, su egoísmo, su amor propio, su tendencia a hacerse centro de todo. Y esto en razón de un amor soberano a Dios y de una entrega sin límites a los demás.

Como tal, la abnegación es fruto del amor que el Espíritu imprime en nuestros corazones: “el amor es servicial... no es grosero, ni busca su propio interés” (1 Cor. 13, 5). Pablo la reclama de los Filipenses y de los Gálatas: “En vez de obrar por egoísmo o presunción... nadie mire únicamente por lo suyo, sino también cada uno por los demás. Entre ustedes tengan los mismos sentimientos de Cristo (Flp. 2, 3-5); “a ustedes, hermanos, los han llamado a la libertad; solamente que esa libertad no de pie a los bajos instintos; al contrario, que el amor los ponga al servicio de los demás” (Gal. 5, 13).

Resulta ilustrativo el retrato de la persona no abnegada, en carta a Timoteo: “Ten presente que en los tiempos finales va a haber momentos difíciles; la gente será egoísta y amante del dinero, serán arrogantes y vanidosos... no tendrán cariño ni compasión, serán implacables, gentes sin control, inhumanos y enemigos de todo lo bueno... tendrán semblante de piedad, pero serán la negación de su esencia” (2 Tim. 3, 1-5).

San Ignacio buscaba para la Compañía, antes que nada, hombres abnegados. Quería personas identificadas con Jesús en la “vida verdadera” propuesta en el ejercicio de Dos Banderas. En 1553 escribía el P. Gaspar Gropillo: “Estad siempre de buen ánimo, y procurad cada día impetrar gracia de Dios nuestro Señor de *abnegaros totalmente* para que podáis *serle verdadero discípulo*”²⁷.

²⁷ Epp. V. 202.

El medio para lograr tal identificación con Jesús pobre y humilde, aborreciendo cuanto el mundo valora y busca con frenesí (honor, fama, estimación), lo propone a los candidatos a la Compañía: "Para mejor venir a este tal grado de perfección tan precioso en la vida espiritual, su mayor y más intenso oficio debe ser buscar en el Señor nuestro *su mayor abnegación y continua mortificación en todas cosas posibles*"²⁸. No parece San Ignacio hacer aquí, ni en textos similares, distinción entre abnegación y mortificación.

Conviene tener en cuenta que es una instrucción para los candidatos y que persigue un fin muy concreto: "Por desear parecer e imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesu Cristo, vistiéndose de su vestidura y librea, pues la vistió El por nuestro mayor provecho espiritual, dándonos ejemplo que en todas cosas a nosotros posibles, mediante su divina gracia, le queramos imitar y seguir, como sea la vía que lleva a los hombres a la vida"²⁹.

No se propone la abnegación como una virtud en sí misma, sino como un camino, para llegar a ser como Jesús, "hombres para los demás", en frase del P. Arrupe, y así poder integrarse al servicio en su Compañía.

Para eso busca Ignacio personas que den buen ejemplo de vida, con preparación humana: "Suficiente doctrina y modo de proponerla", pero sobre todo con "*el fundamento debido de la abnegación*". La experiencia le ha mostrado, sin embargo, que: "buenos y letrados se hallan pocos... y de los pocos, los más quieren ya reposar de sus trabajos pasados". Le parece difícil aumentar con ellos la Compañía, que requiere grandes trabajos "y mucha abnegación de sí mismos".

Conclusión: Reclutar gente joven -aunque aún no suficientemente abnegada-fundarlas en la abnegación durante las primeras etapas de su formación, y sobre este "debido fundamento", procurar luego el "edificio de las letras". "Por tanto, nos pareció a todos (los primeros compañeros), deseando la conservación y aumento della para mayor gloria y servicio de Dios nuestro Señor, que tomásemos otra vía; es a saber, de admitir mancebos que con sus buenas costumbres e ingenio diesen speranza de ser juntamente virtuosos y doctos para trabajar en la viña de Cristo nuestro Señor"³⁰.

²⁸ Const. 103.

²⁹ Const. 101.

³⁰ Const. 307-308.

Sospechaba el santo de una oración que no estuviera acompañada de verdadera abnegación. Cuenta el P. Gonçalves de Câmara en su Memorial, o recuerdos ignacianos, que: “Cuando el padre habla de la oración, siempre parece que presupone las pasiones muy domadas y mortificadas, y desto hace toda la estima. Acuérdomé una vez que, hablando de un buen religioso que él conoce, y diciendo yo que era de mucha oración, el padre corrigió y dijo: ‘es hombre de mucha mortificación’”³¹.

Relata también Gonçalves que en otra ocasión comentaba el santo: “A un verdaderamente mortificado bástale un cuarto de hora para se unir a Dios en oración”. Con esta apostilla del comentarista: “Y no sé si entonces añadió sobre este mismo tema lo que le oímos decir muchas otras veces: que de cien personas muy dadas a la oración, noventa serían ilusas. Y desto me acuerdo muy claramente, aunque dudo si decía noventa y nueve”³².

No menos recelaba de la poca discreción en mortificaciones corporales. A los estudiantes de Coimbra les escribe: “Si tenéis mucho deseo de mortificación, empleádle más en *quebrar vuestras voluntades y subyugar vuestros juicios* debajo del yugo de la obediencia, que en debilitar los cuerpos y afligirlos sin moderación debida”³³.

A Francisco de Borja le recuerda la actitud positiva que hay que tener con el cuerpo: “Porque al cuerpo tanto debemos querer y amar, cuanto obedece y ayuda al ánima, y ella con la tal ayuda y obediencia, se dispone al servicio de nuestro Criador y Señor”³⁴. Le aconseja también mesura y ponderación en buscar los dones y consolaciones divinas por medio de las penitencias corporales: “cuando el cuerpo por los demasiados trabajos se pone en peligro”, es más sano buscar tales dones por actos del entendimiento y otros ejercicios moderados, “porque no solamente el ánima sea sana, mas la mente seyendo sana en cuerpo sano, todo será más sano y más dispuesto para mayor servicio divino”³⁵. El cuidado competente por la salud y fuerzas corporales lo alaba y recomienda a todos³⁶.

³¹ Memorial, 195.

³² Memorial, 196.

³³ Epp. 1, 507.

³⁴ Epp. 2, 235.

³⁵ Ib. 237.

³⁶ Const. 292.

La abnegación es necesaria, en primer lugar, para erradicar la inclinación a regirnos por nuestro propio juicio y voluntad, arruinando así nuestra disponibilidad como instrumentos en las manos de Dios para su servicio y haciéndonos menos prontos para discurrir por unas y otras partes en ayuda del prójimo. También la recomienda San Ignacio para “poner debajo de los pies el mundo y sus vanidades”³⁷. Frase que nos evoca la meditación de Dos Banderas, en la que el “enemigo de natura humana” tienta y engaña con codicia de riqueza, seducción de prestigio, ambición de poder. Pisoteando estas tentaciones y “vanidades”, podemos ser recibidos debajo de la bandera de Cristo nuestro Señor, que nos muestra “la vida verdadera”.

En este sentido recomiendan las Constituciones: “Cuanto a los mantenimientos, vestidos, aposentos y otras necesidades corporales, procúrese con la divina ayuda que, aunque tenga en qué probarse la virtud y abnegación de sí mismos, no falte con qué se sustente y conserve la natura para su servicio y alabanza... en el vestir, teniendo respecto al fin dello, que es defenderse del frío y de la indecencia, en lo demás los que están en probación es bien se ayuden en los vestidos para la mortificación y abnegación de sí mismos, y poner debaxo de los pies el mundo y sus vanidades”³⁸.

4. La mortificación y la cruz: No parecen ser consideradas en el Evangelio como obras de penitencia elegidas libre y voluntariamente, por simple devoción. Son algo necesario. Así las estima también San Pablo. Se trata de dar muerte a los instintos terrestres para revestirse del hombre nuevo.

Hausherr, en el artículo antes citado, analiza el concepto de mortificación en San Pablo, tomando el texto a los Colosenses: “Mortifiquen sus miembros terrenos”. Co. 3.5. Arranquen lo que hay de terreno en ustedes. No se busca hacer sufrir al cuerpo con disciplinas, ayunos o cilicios. Del griego ‘necrosate’ viene la palabra cadáver. Mortificar quiere decir, pues, simple y propiamente ‘matar’. Sin miramientos ni contemplaciones. ¿Pero, matar qué? No tenemos derecho a matar nuestro cuerpo, ni siquiera de suprimir alguno de sus miembros. Por eso se trató de suavizar el sentido: no matar, pero hacer sufrir. Solamente que con esta edulcoración se llegó a deformarlo. Vinieron las penitencias corporales para castigar el cuerpo.

Hausherr reclama que es necesario conservar todo el valor y la fuerza de ‘necrosate’, en el pensamiento de Pablo. El llama a la mortificación precisamente por su interés

³⁷ Const. 297

³⁸ Const. 296-297.

en la vida de resucitados que poseen los cristianos. Porque “nuestra religión es una religión de domingo de Pascua”. Entonces ¿qué es lo que hay que mortificar, exterminar? La fornicación, la impureza, la pasión, los deseos rastreros, la codicia, que es una idolatría. No hay aquí la menor alusión al sufrimiento, sino más bien un acento de triunfo que estalla más adelante cuando el texto nos describe la vida: porque la mortificación no tiene otra razón de ser que permitir una maravillosa eclosión de la vida. ¡Porque el cristianismo es la vida!³⁹.

El pasaje a los Colosenses pide, en síntesis, mortificar y arrancar de nosotros lo que queda de terrestre, despojarnos de las personas que éramos antes, que se iban desintegrando seducidas por sus deseos, para revestirnos del hombre nuevo que se va renovando a imagen de Jesucristo por la acción vivificante de su Espíritu. “Nos hemos transformando en su imagen con resplandor creciente, por el influjo del Espíritu del Señor”, dice la segunda carta a los Corintios (3, 18). Por eso dice Hausherr que la mortificación debería hacerse superflua, a medida que vamos adquiriendo la imagen de Jesús: su ternura profunda, su bondad, humildad, sencillez. El ideal es tener las mismas actitudes de Jesús, el “sensus Christi”.

El P. Ignacio Iglesias, en un texto sobrio y denso, recoge una visión semejante sobre la mortificación: “La mortificación tiene todo su sentido desde y en la Pascua de Jesús. Es un modo de vivir pascualmente la vida. Toda la vida. Permanentemente 'pasando' al Padre y dejando que El 'pase' por nosotros al hombre, la continua mortificación se convierte así en la *continua disposición de amar* (servir) al precio (alto precio) del propio amor e interés. Así concebida, la mortificación posibilita el amor, lo facilita, lo garantiza y lo demuestra dándole su medida auténtica. La mortificación cristiana está, pues, en función de la Vida, que obra el Espíritu, como 'medio' humano para que el Espíritu, que la genera, la transmita”⁴⁰

Concluyendo

Si hoy, gracias a un acercamiento más documentado a las fuentes ignacianas y a una lectura de ellas desde nuestra antropología cultural, nos es posible penetrar gozosamente en la hondura evangélica y mística de nuestra espiritualidad, liberándola de formas más propiamente conventuales, podemos igualmente recuperar con nueva vigencia la ascética, su imprescindible ayuda y complemento.

³⁹ O.c. 189-90.

⁴⁰ La mortificación “en el Señor nuestro Jesucristo; en la Tercera Semana de los Ejercicios”. IV Concurso de Aportaciones, Madrid, 1985.

Ascética al servicio de una mística del servicio por amor, de una *devoción a Jesucristo* que nos dispone a colaborar con El y como El en la realización del proyecto recibido de su Padre para la vida del mundo. Ascética que apoya nuestra "consagración" -don del Padre y respuesta nuestra, dejando de pertenecernos para vivir enteramente, para la gloria de Dios y la ayuda de las ánimas.

El protagonista es el Espíritu de Jesús, Amor misericordia, Amor vivificante, que se nos va manifestando y dándonos a conocer ese amor suyo. Experiencia vivida singularmente en los Ejercicios y prolongada en la cotidianidad, gracias a su inhabitación en nosotros.

Los Ejercicios, en realidad, son el itinerario que nos va introduciendo, etapa tras etapa, en el "conocimiento interno" ("enteramente reconociendo"... "ponderando con mucho afecto") de ese Amor que acompaña nuestra vida:

- como *Amor gratuito, creador*, de Aquel que nos amó primero (1 Jn. 4, 19), en la meditación del Principio y Fundamento;
- como *Amor misericordia*, que hace sobreabundar la gracia donde abundó el pecado, en la Primera Semana;
- como *Amor solidario, encarnado*, durante las contemplaciones de Segunda Semana, mediante el encuentro con la humanidad de Jesús, que no tuvo inconveniente en tomar una carne como la nuestra, pecadora, ni en llamarse nuestro hermano; probado en todo semejante a nosotros, excluido el pecado;
- como *Amor llevado hasta el extremo*, en la locura de la cruz, a través de los misterios de Tercera Semana;
- como *Amor resucitado*, que se manifiesta a sus discípulos, trayendo el "*officio de consolar*" (EE. 224), en las contemplaciones de la Cuarta Semana;
- en fin, como *don, presencia y cercanía, trabajo* ("trabaja y labora por mí en todas cosas criadas" EE. 236). *transparencia*, de quien actúa en todas las cosas, siguiendo su propósito, para el bien de los que lo aman (cf. Rom. 8, 28); experiencia de la contemplación para alcanzar amor, que enseña a buscarlo, verlo y sentirlo en lo cotidiano.

Tomar conciencia de ese Amor, experimentarnos abrazados ("alcanzados") por El

en todo momento; hasta poder exclamar como Juan: “¡Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos confiado en él!” (1 Jn. 4, 16); ésta es la esencia de nuestra espiritualidad, y de aquí fluye también la fuerza vivificante de la ascética, que ordena la vida y disciplina el esfuerzo por acoger la acción transformante del Espíritu e ir convirtiendo nuestra existencia en una consagración que procura “en todo amar y servir” a Dios nuestro Padre, siguiendo, imitando y sirviendo a su Hijo, Jesús, bajo la suave y firme unción del Espíritu.

* * *

Voy a cerrar estas reflexiones con un texto magistral del P. Arrupe, tomado de su Conferencia sobre “La inspiración trinitaria del Carisma ignaciano”, pronunciada en el CIS de Roma el 8 de febrero de 1980. Expresa con fuerza e inspiración admirables cuanto hemos venido considerando sobre el sentido actual de la ascética ignaciana:

“No me parece objetivo el caracterizar la espiritualidad ignaciana por su ascética, cosa que consciente o inconscientemente se ha venido haciendo, quizás más en épocas pasadas que en la nuestra. La espiritualidad ignaciana es *un conjunto de fuerzas motrices que llevan simultáneamente a Dios y a los hombres*. Es la participación en la misión del Enviado del Padre en el Espíritu, mediante el servicio siempre en superación, por amor, con todas las variantes de la cruz, a imitación y en seguimiento de ese Jesús que quiere reconducir a todos los hombres y toda la creación a la gloria del Padre.

“Lo cual no quiere decir, naturalmente, que *no exista una ascética ignaciana*. Al contrario: es tan alta esta vocación que quien siente su llamada *debe disponerse* a ella destruyendo en sí mismo, por la abnegación y la purificación de todo desorden, cuanto le impida vivirla en la medida de la gracia que le es comunicada. La biografía de Ignacio nos da un ejemplo de esa purificación. Los Ejercicios espirituales nos proporcionan el método de operarla en nosotros y de procurarla en los demás. *Mística trinitaria ignaciana y ascética ignaciana van siempre en una inseparable armonía*. Su Diario no es más que un caso modelo del método de elección de los Ejercicios para buscar la voluntad de Dios, con la misma devoción espiritual y lágrimas, el mismo sentimiento de acatamiento y reverencia, el mismo uso de los mediadores que leemos en las páginas de los Ejercicios”.

⁴¹ Nn. 79-80. Subrayados míos.